

VI

A LA SEÑORA
CONDESA DE GASPARIN

10 - NERTO



VI

EL ANGEL

AL rayar el alba, Nerto, bordea un bosque de blancos álamos. Huyendo del mundo y de sus manadas de lobos, camina á la buena de Dios. El cansancio y los duros trances por que pasó su alma pura aquella noche preñada de peligros, la vencieron y rindieron. Sentóse en un altozano; y al salir el sol arrodillóse y oró.

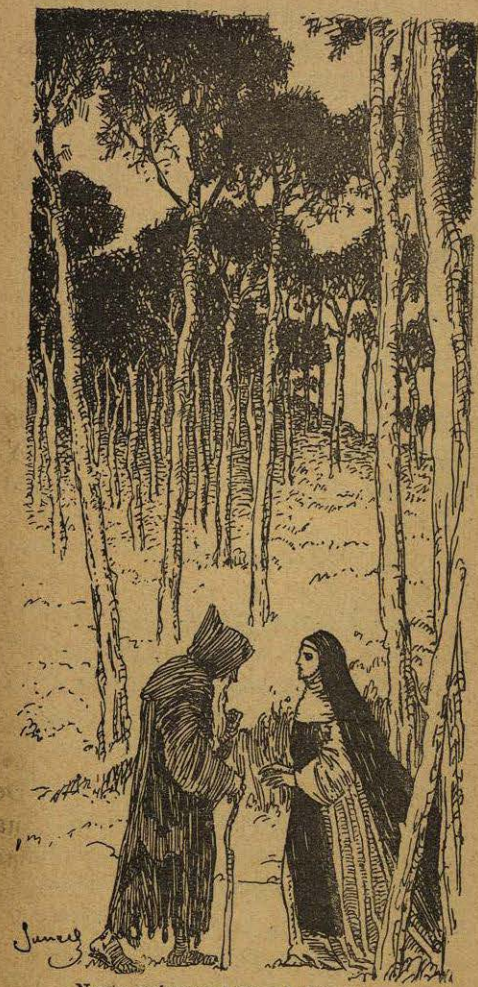
En la quietud de la mañana oye una campana que tañía en aquellas alturas... Nerto se levanta esperanzada y entra en el bosque fresco y apacible, atraída por el dulce tintineo. Los pájaros despe-

rézanse alegremente entre el ramaje; las oropéndolas gorjean y los tortolillos y las tórtolas cantan sus amores tiernamente emparejados.

Nerto avanza temerosa, inquieta, pero feliz bajo los blancos árboles que la acogen con dulce murmurio. ¡Está tan sola en la tierra, tan rendida de llorar, que se encanta mirando extasiada las inmensas columnatas de la selva que la embalsama y envuelve en un ambiente de bienestar! El padre Sol aparece por la cima de la montaña; perlas de rocío quedan suspendidas sobre las hojas. Y la escarcha sobre los capullos, el rosal silvestre, la retama, las clemátides y todas las florecillas silvestres que en las laderas se abren para solearse, todo, todo renace amorosamente á la luz de Dios.

La gentil Nerto, guiada por el tañido de la campana, sube con paso lento hacia la claridad que aumenta y resplandece más á cada momento.... De pronto ve sobre el cielo azul una ermita con fuertes botareles, y, con la frente hundida en la cogulla, un ermitaño que baja.

Nerto acércase á él, saludándole:
—¡Dios sea con vos!



Nerto acércase á él, saludándole..

—¡La Virgen te dé paz y alegría!— responde el ermitaño.

—¡La paz me falta, santo eremita!— añade la joven;—y sabréis por qué si permitís que os refiera mis desventuras.

—¡Habla!—dice el anciano de blanca barba.

Siéntanse sobre las piedras; los pajarrillos pían en torno suyo y los grillos vienen á cantar... Nerto comienza el relato de su mala estrella; su venta al Diablo por su padre; el rapto del convento; las mortales angustias de Aliscamps. . en una palabra, la monja profesada hizo su ingenua confesión entre sollozos

—¡Oh!—dice.—¡Si vos pudiérais salvarmel!

—Dios Nuestro Señor, para probarnos—dice entonces el buen viejo—da á veces al Infierno poder sin límites. Pero el corazón puro que tiene bien arraigada la fe, hija mía, levanta las montañas. La ralea diabólica que hace burla del creyente verá siempre triunfar de sus asechanzas á la paciencia de Job. La fe es un dón de Dios. Dios no abandona jamás á quien la posee, y vengá y defiende al cristiano cuando está satisfecho de él. Dicen que por aquellas crestas que ves

desde aquí, vino en tiempos pasados un santo apóstol á predicar. Era un pobre viejo lleno de achaques y ciego por añañidura. Llevaba como lazarillo á un mozo ladino y burlón. Caminaban por la Crau, no lejos de aquí; por la Crau vasta y pedregosa, que para el viejo estaba cubierta de tinieblas, caminaban, pisando los arenales, bajo un sol ardoroso, cuando de súbito se levantó fuerte viento terral que rugiendo rumores de tempestad barrió la plana desierta:

—¿Qué son estos rugidos, mi buena Madre?—preguntó el apóstol. Y el lazarillo, queriendo reír á costa del viejo, contestó:

—¡Oh! ¡Cuánta muchedumbre se vé! Todo el pueblo de *Aupiho* está de rodillas en el pedregal esperando vuestro sermón...

El santo, abriendo desmesuradamente sus cuajadas pupilas, irguióse apoyándose sobre su cayado, é inflamado en divino amor, lanzó á la Crau y al viento la nueva evangélica, y sin descanso habló de Dios á las piedras de los prados. Y, ¡oh, prodigio! cuando el santo oráculo calló, todas las piedras que le rodeaban respondieron á una:

—¡Amén!

Tengamos fé. Dios es el divino maestro; y si los peñascos de las landas hablan cuando Él quiere, hija mía, vé; ¡Dios es bastante poderoso para salvarte!... Pero subamos á la ermita, pues desde tu rapto, si no me engaño, no has comido nada.

Llegaba Junio y el sol, que una hora ha subía sobre el horizonte deslumbraba con el esplendor de sus rayos el Leco y el Salto de Rolando...

El pan y el agua del cántaro fueron un festín para la pobre monja. Cuando hubo terminado, guardóse el pan en un armario y siguieron por los senderos del bosque hablando de Dios.

Y cuando el ermitaño glosaba el tema de las maravillas de la Creación que el hombre tiene bajo su dominio y goce; del conjunto de astros brillantes que rodean á nuestro pequeño planeta; de la grandeza, la gloria y la bondad del Creador que siembra por el infinito gérmenes de vida universal... ¡era una delicia oír á aquel santo, á aquel bienaventurado! Tan santa... tan austera era su vida... que un ángel descendía del cielo todos los días, cuando el sol llegaba al zénit.

Leñtamente, por las márgenes de los

torrentes y arroyos, el solitario y la monjita ensimismados en sus piadosas pláticas y profundas meditaciones, paseaban juntos...

—¡Cuán provistas y qué bien ordenadas están todas las obras de Dios!—decía el ermitaño admirado.—¡Mira aquellos mosquitos que se arremolinan en el espacio! Un rayo de amor y de sol los creó... Tal vez esta noche misma hayan cumplido la misión de su existencia; y en tan poco tiempo la Providencia les concede á manos llenas todo el bien y toda la dicha que les conviene. Apenas nacen, encuentran en una agalla todo el alimento que necesitan y hace sus delicias; tienen alitas para seguir el viento que pasa rozándoles; el monte y el llano es suyo; la luz del día que les alegra es suya; también tienen un aguijón para defenderse en sus luchas; y en sus ojuelos pequeñísimos el universo entero se refleja igual que en el espejo de la mar inmensa. ¡Mira como florecen los álamos! Cada semilla tiene su vilano que el viento arrastra y esparce por el campo... pero los pájaros van tras aquellas mariposas de pelusilla atrapándolas. ¿Ves, allá en lo alto, en aquella rama que cuelga, un nido de blancas oropéndolas,

tupido, acolchado, como un terciopelo? ¿Parece moldeado, verdad? ¿Quién enseña á tejerlo á los pájaros? ¡Veo la mano de Dios tejiendo para los pajarillos una almohadilla de algodón!...

—¡Oh!—dice Nerto;—las avejillas, los gusanillos, los mosquitos, todos encontrarán un techo, un asilo. ¡Pero yo...! ¡Mi suerte es sufrir! ¡Estoy sola en el mundo y no encontraré persona alguna que me ofrezca un albergue, aunque fuese dentro del ataud! ¡Oh, Jesucristo, vos que moriste de muerte afrentosa para apagar con vuestra sangre las llamas eternas, tened piedad de mí, Salvador de pecadores! ¡Tened piedad de la inocente, raptada contra su voluntad! Y si mi vida puede servir para perdonar á mi pobre padre, que sufre entre los condenados, tomadla, Señor, tomadla, Dios mío! ¡Héla aquí! ¡La muerte no me espanta!

Compadecido de su dolor y con los ojos arrasados de lágrimas, el anacoreta habló así:

—Debo confiarte que la mano de Dios te ha conducido hasta aquí. ¡Entona el *Hosanna* conmigo! ¡Alaba á Dios, hermana mía; alaba al Soberano Hacedor de todas las cosas, pues cuando acabe

de hablar, verás abierto el paraíso! Aquellos árboles de troncos blanquecinos; aquellos álamos que mueven sus poderosas ramas, es el bosque de San Gabriel, palomar maravilloso de apariciones angélicas. Aquella sagrada basílica edificada sobre la roca, entre el espliego y las hierbas aromosas, está consagrada al Santo Angel que hizo la salutación á la Bienaventurada... Allí está en el pórtico; le verás sonriente; su historia está esculpida en la piedra... Verás también cuando le lleva la comida al profeta Daniel... Aquel que el ángel tiene cogido por los cabellos es Habacuc. ¡Cómo asoman los dos leones rechinando los dientes! ¡Hermoso San Gabriel! Nuestros abuelos lo pusieron como guardián á las puertas de la Gran Montaña que brilla en lo alto cuajada de rocío; y á San Miguel, que allí ves, le confiaron nuestros antepasados la custodia de la Montaña Menor. Las dos espadas puras y relucientes, enhiestas, frente á frente, protegen á todo el país. Hace ya muchos años que vivo aquí, hija mía: la dura roca es mi lecho, no bastante dura aún, porque la locura pone cerco al hombre hasta en la soledad... Yo me hice esclavo de Cristo, y

cuando lo abandoné todo por Él, Él me dió la libertad. Recluíme en estos bosques, me confié al Angel Gabriel, y cincuenta años ha que soy su ermitaño... ¡Tres veces dichoso es aquel que se entrega completamente! El cielo lo recompensa con creces. Bienaventurado aquel que se acoge al cielo, pues su misericordia no tiene límites. Un día, por la Natividad del Señor, no tenía pan para comer. Era un invierno... invierno de lobos. ¿Lo diré? Contémoslo. ¡Perdóneme Dios si me alabo! Había dado todo mi pan á un pobre hombre... Y hacia el mediodía ví en las alturas un rojo resplandor semejante á las llamaradas de un incendio. Después del toque de *Angelus*, subí al monte para contemplar aquella claridad, y al llegar á la cima, se me apareció el Gran Arcángel en medio de la luz celeste y del resplandor siempre creciente. ¡Era muy bello, tanto como no puede expresarse! Su mirada y su sonrisa eran bálsamo para el corazón. Con voz argentina, díjome:— «Aquel que reza, justo es que coma; este es el pan de los ángeles, cómele, es para tí; y sea siempre Dios contigo y sus virtudes te acompañen.»—Y desapareció como una fugaz estrella. Y desde

entonces todos los días me trae con sus manos el cesto lleno del pan bendito. ¡Pan nuestro y de Dios! ¡Dón misericordioso! ¡Soy indigno de él, indigno, tres veces indigno!

É inclinándose á tierra el buen viejo, coge una gruesa piedra y se golpea el pecho con ella.

—Ahora, hija mía—continuó el penitente,—conformaremos nuestra vida á las doctrinas de los patriarcas del Desierto. Con ánimo y espíritu de penitencia, nos flagelaremos, ayunaremos, suspiraremos y rogaremos, de todo corazón y con toda el alma, á Dios Nuestro Señor y á Nuestra Madre la Virgen. Los dos, como dos pájaros, partiremos el pan del cielo. Y cuando llegue la hora propicia, yo hablaré á San Gabriel. Y te salvaré, lo prometo; yo te salvaré.

Nerto le escuchaba extasiada; y la esperanza y la vida tornan á ella como el verde color retorna á las plantas pasado el invierno.

—Late mi corazón...—Siento como la Sulamita, que mi ángel bueno va á venir...—dice el solitario...—¡Ah, voy á desfallecer! La mosca punza; el pájaro busca su nido; el sol cae á plomo sobre

la cueva, y la luz de mediodía llegará pronto á Montemayor. Voy á la ermita á sonar la campana haciendo la salutación angélica al llano y á la montaña; al hombre, á las bestias y á las plantas. Mientras subo á la cúspide del *Aupiho* tú dentro de la ermita reza y vela; ruega á Dios para alejar el mal.

Y el *Angelus* suena en el espacio; los segadores que trabajan al borde de las lagunas; los pescadores de los estanques; los jornaleros de la tierra; los leñadores de la montaña; los forzudos labradores del campo; los yegüeros entre sus caballos y los pastores, derechos como palos, escuchan el son de la campana; vuélvense hacia ella con las caperuzas en la mano, y luego, se van á echar un sueño reparador de las fatigas del día.

El cielo está tranquilo; el día claro. Las alucinaciones cercan al espíritu... El tomillo y el romero ofrecen á las mariposas la dulce miel de sus florecillas. El lagarto bebe sobre las piedras el calor que le embriagaba. Hacia el sol suben como etéreo incienso aromas paradísacos.

La mirada ve resaltar todas las líneas del contorno, las llanuras lejanas y las

alturas: todo blanquea en los valles; todo brilla en las cumbres.

En la cúspide de la colina, la testa dentro de la cogulla, el santo eremita está en éxtasis. La vida parece en él extinta: sólo su alma está en él despierta. El Angel, invisible para los demás mortales, le habla. En las pupilas del penitente se reflejan las blancas alas del Arcángel, que en la pureza profunda del espacio, se han agitado como dos velas...

El Angel pregunta:

—¿Quién es aquella que con hábitos religiosos y en la flor de la juventud reza en aquel rincón?

—Es una pobre desventurada—responde encogido el ermitaño,—á quien yo he prometido salvar.

Como el agua cristalina sobre la cual pasa negra nube, la mirada del ángel Gabriel se entenebreció:

—¡Puñado de tierra miserable!—le dice.—¿Sabes tú si ya has luchado con fruto en el desierto, contra aquel que camina por sendas tortuosas? Tienes mucho que hacer para salvarte tú ¿y crees poder salvar á los demás? ¡Oh, pobre caña! ¡Ah, pobres de vosotros!—y el ángel hermoso, habiendo dicho

esto, emprendió el vuelo hacia los astros.

El anacoreta, muerto de espanto, levántase preso de tal temor que no sabe donde se halla. Consternado, baja de la montaña tambaleándose y exclamando:

—¡Acudidme, Santos y Santas de mi devoción, pues estoy perdido! ¡Venid pronto! ¿Quién será esta monja endemoniada? ¡Tal vez la tela de araña en que yo caiga envuelto! A los setenta años y viejo caduco... ¡aún puede perderme el Diablo! Cuanto más viejo es el cesto mejor arde... ¡Estoy perdido! Hay aquí algún lazo oculto y preparado... Supongamos que la monja sea buena como parece; pero ¡cuánto chismorreó no habría por ahí! ¡Ah! ¡Un ermitaño y una monjita que viven juntos en una ermita! ¡Cuántas historias inventaría el mundo, tan malo como es! El Angel tiene razón y contrito confieso que he cometido una imprudencia: siete veces al día peca el justo.

Cuando Nerto sale, elevada su plegaria á Dios, el solitario fuera de sí, le grita iracundo:

—¡Debes partir! ¡Es preciso que huyas de aquí inmediatamente, pues el celestial mensajero ha dicho que el alma está en peligro!

—¡Ay, pobre de mí desamparada! ¿Dónde encontraré refugio—exclama la monja,—si hasta los santos me despiden de este modo, Dios poderoso? ¿Será preciso que me vaya con el Demonio? ¡Oh, que sueño de horrorosa agonía! ¡Santa Madre de Dios! ¿Dónde iré á parar? La noche se acerca ¡yo muero de horror!

—Ve siempre hacia adelante—dícele el eremita.—A la salida de este bosque bordearás un pantano... Después, cuando veas brillar una luz, ve hacia ella. Es la masía de Laurado. Acércate y pide hospitalidad, pero ten cuidado con los mastines, que pueden morderte. Mañana, al amanecer, encáminate á las rocas y eleva tu plegaria sobre ellas, desde el fondo de tu corazón, á Nuestra Señora del Castillo, que puede más que yo. Su capilla está cerca de allí, sobre la montaña escabrosa. Después rogando, rogando siempre, puedes tornar, en las alforjas de algún muletero, á la abadía de San Cesáreo, pues sabes bien que no puedes divorciarte de las reglas del convento... Y que San Gabriel y San Con-

sorcio, y Santa *Tula* (que en el desierto han padecido más que las serpientes) con San Gans, San Veredemo y San Julian, y San Trofimo, y San Fermin y San Esteban ¡te acompañen en tu camino!



VII

A LA FELIBRESA
BETTY DORIEUX
QUE TRADUJO «MIREIA»
AL ALEMÁN